

GARCÍA PÉREZ, Francisco José, *Los predicadores de Carlos II. La oratoria sagrada al servicio del poder*, Granada, Comares, 2024, 351 pp. ISBN: 978-84-1369-804-5.

En uno de los sermones de Cuaresma que el jesuita Juan Rodríguez Coronel dio a la estampa en 1695, en la imprenta madrileña de Juan García Infanzón, el predicador daba indicaciones a Carlos II, monarca achacoso y flemático, de lo que realmente necesitaba la monarquía: “Mude el rey los puestos, dando el lugar que les toca a los valientes y ejercitados”. Lanzar desde el púlpito una sentencia como esta era más que una muestra de atrevimiento por parte de un religioso. ¿En qué medida un representante de la Iglesia podía atribuirse una autoridad que iba a apartarle de su misión doctrinal para acercarse al intrincado mundo de los consejeros y asesores del rey? ¿Era la primera vez que la rotación de cargos se veía como solución a lo que, a los ojos de sus coetáneos, era fruto de una profunda crisis política? Al responder a estas preguntas hoy día, el historiador puede verse tentado por una fuerte dosis de presentismo, al no concebir al clero como cuerpo mediador entre los asuntos de la política y la religión en tiempos pasados. Sin embargo, lo que el jesuita había hecho no tenía nada de anormal. Al emanar de un predicador real, el monarca consideraría aquellas palabras como una fórmula totémica contra la inacción y el desorden que guiaban entonces los últimos años de su reinado. La palabra del predicador tenía un poder extraordinario. El ministro de la palabra era percibido como el portavoz de Dios, un intermediario entre el cielo y la tierra. Su discurso se revestía de autoridad moral y religiosa, lo que le confería poder para moldear comportamientos, legitimar decisiones del poder político, criticar costumbres consideradas pecaminosas o incluso señalar responsabilidades colectivas ante crisis o desastres.

Aquí es donde el historiador Francisco José García Pérez (Universidad de las Islas Baleares) se detiene a analizar la función que desempeñaron los oradores sagrados en el espacio palatino entre 1665 y 1700. Esta ha sido la principal motivación que ha guiado el último libro del máximo conocedor del púlpito cortesano en la época de Carlos II, abriendo y ampliando los caminos a aquellos que han mostrado un interés creciente por la oratoria sagrada desde perspectivas metaliterarias. En la línea de los trabajos sobre hombres de Iglesia en la Corte, lo que se ha convertido en una verdadera cantera historiográfica a tenor de las numerosas publicaciones que han ido apareciendo (MacCullough, 1998; Álvarez Ossorio-Alvariño, 2004; Negro del Cerro, 2006; Jenkinson, 2011; Pierre, 2013; Sánchez Belén, 2014; Valladares, 2019; Novi Chavarria, 2023), Francisco José García Pérez ofrece en el presente volumen un análisis poliédrico de la situación de la Capilla Real durante el reinado del último Habsburgo, presentándola como escenario de intrigas, plataforma de clientelismo, teatro de conflictos, centro de influencias y núcleo de protección y patronazgo.

En las ocho secciones diacrónicas que vertebran el libro, el autor ensambla —con el rigor que le caracteriza— la información que ha recabado esencialmente en el Archivo de Palacio, proveniente de los expedientes a aspirantes al púlpito real. Debemos añadir a esto que parte de esta documentación, desgajada por órdenes religiosas, ha visto la luz en diferentes revistas académicas, entre 2015 y 2025. Nos referimos a una documentación de un incuestionable valor cuantitativo y cualitativo, por cuanto nos ofrece varias lecturas de una realidad que identifica a los predicadores como agentes de la historia sociopolítica y cultural de finales del Seiscientos. Destacamos las más notables: i) una nueva visión del concepto de meritocracia; ii) un examen exhaustivo de la permisibilidad, porosidad y maleabilidad de los mecanismos de promoción social (visibles en el reclutamiento de fray Diego de Andrade o fray Juan Jacinto Manrique); iii) una propuesta convincente para entender la construcción de redes clientelares a nivel multiescalar; iv) una panorámica compleja del ministerio pastoral de los oradores sagrados fuera de los cauces establecidos por el estamento eclesiástico; v) un retrato de la Capilla real como crisol de vocaciones corporativistas. Basta mencionar las tensiones entre las órdenes religiosas y el clero secular, que competían por influir en la Corte y obtener acceso a estos prestigiosos puestos.

La primera de las secciones comienza estudiando el posicionamiento de la Capilla real ante las hostilidades (veladas y manifiestas) contra la regente Mariana de Austria. La última se centra en medir la voz de los predicadores reales al anunciar la muerte de Carlos II, valorando así el impacto que tenían los sermones tanto dentro como fuera del espacio cortesano. Se mencionan los de fray José de Madrid, Alonso de Tarazona, fray Eugenio de San José, fray Domingo Pérez y José Rocabertí. Evidentemente quedan muchos en el tintero pero la selección es lo bastante representativa como para afirmar que el discurso funeral reflejó tanto la visión religiosa de la época por medio de una retórica puramente barroca, como las tensiones políticas derivadas de su muerte. Asimismo, aquellos sermones se convirtieron en una llamada de esperanza en un momento de inquietud y transición para la monarquía española.

Entre ambas secciones, el autor articula un discurso sobre los logros y fracasos del reinado de Carlos II, recordado en la historiografía tradicional por ser un periodo de declive. Como el autor apunta desde un enfoque revisionista, pocas veces se insiste en que también fue un período en que los ministros de la palabra ejercieron un fuerte influjo en materia de gobierno. Muchos de estos eclesiásticos procedían de familias nobles y ocupaban cargos estratégicos tanto en la Iglesia como en la administración, convirtiéndose en una élite poderosa e influyente. Por esta razón, explorar su actividad dentro de Palacio implica conocer las inquietudes, creencias y dinámicas de poder de la época. El ejercicio, desde luego, es de suma dificultad ya que no son pocos los escollos epistemológicos con los que tropieza el historiador en el estudio de la predicación curial. Con mucha suerte, solo contamos con la traducción impresa de lo que se dijo en la

Capilla real. Esta documentación, de entrada, no transmite los usos, la palabra viva ni los efectos retóricos que acompañan a la comunicación oral. Asimismo, no siempre conocemos la composición del público que asistía a oír aquellas prédicas, por lo que es casi imposible establecer una sociología de la predicación curial y, aun menos, poder asegurar que los ropajes con que se solía vestir el discurso eclesiástico eran reconocidos por todos.

Pese a las limitaciones metodológicas que no puede eludir el historiador, al acercarse a este terreno tan poco transitado, Francisco José García Pérez ha conseguido ofrecernos un privilegiado análisis de tres aspectos del ministerio de la palabra en el espacio áulico: i) el peso de las estrategias curiales en la promoción del predicador; ii) la formulación del discurso religioso; iii) el control externo y la autocensura que se ejerce sobre el púlpito cortesano. Los cambios realizados en la Real Capilla durante este periodo introdujeron una tendencia reformista, impulsada por la necesidad de controlar el discurso religioso en un contexto de profunda inestabilidad política, en particular, en tiempos de la Regencia y bajo la amenaza de Juan José de Austria. Solo así se explica cómo se introdujeron criterios más estrictos para seleccionar a los predicadores, priorizando su lealtad a la Corona, elemento que se anteponía a la formación teológica del candidato o a su innegable capacidad oratoria.

*Los predicadores de Carlos II* es fruto, pues, de una difícil pero lograda apuesta por combinar elementos que permiten tejer un análisis transversal en el marco de la Historia política. Lo demuestra el hecho de presentar a los valedores del púlpito real como intérpretes y mediadores de la voluntad divina, lo que les otorgaba un poder considerable. A la vez, se veían sometidos a los dictados del monarca, imponiéndose así una suerte de precario y precoz absolutismo que debe invitarnos a cuestionar esa “supremacía clerical” que los historiadores han querido percibir en la España del Antiguo Régimen.

Paralelamente, el libro explora los recovecos interiores de la personalidad del monarca y su relación con la religión, al igual que nos presenta un retrato multifacético de los personajes femeninos en su relación con la Capilla Real y con los diferentes entramados de poder que se urdieron a su alrededor. No tienen desperdicio las laudatios que el trinitario fray Manuel Guerra y Ribera dedicó a la reina María Luisa de Orleans en busca de nuevas vías de promoción (p. 185) o los panegíricos que fray Juan del Castillo o José Barcia y Zambrana ofrecieron a Mariana de Neoburgo intentando obtener una notoriedad equiparable a la que habían adquirido los grandes oradores de décadas anteriores (p. 271).

Aunque muchos sermones enfatizaban la fragilidad del rey, no solo en la salud, sino también en su cuestionable capacidad para gobernar, lo hacen para recordar la necesidad de la intervención divina en el gobierno terrenal, única solución para frenar la entrada en Palacio de “cuervos ávidos de riquezas” (p. 117). Al describir su debilidad (en ciertas circunstancias, favorecida por la figura de la reina), los predicadores apelaban a la idea de que su reinado estaba

protegido por la mano de Dios, atenuando el hecho de que la capacidad del rey para gobernarlo fuera limitada.

En definitiva, *Los predicadores de Carlos II* debe convertirse en una obra de referencia que, por su alcance interdisciplinario, explora el peso de la palabra y el valor de la oralidad en una época de secretas incertidumbres. Saludamos a la editorial Comares por haber dado cabida a este trabajo que ha sabido arrojar luz sobre la relación simbiótica entre el poder real y el poder eclesiástico en el circo palatino. Pese a que las trayectorias de los oradores sagrados no dominan la reflexión axial de la obra, sí se anuncia en sus páginas la construcción de los perfiles sociológicos que nacen de una Iglesia militante, dispuesta a sostener — aunque de forma frágil— el reinado de un monarca débil. Por todo lo expuesto anteriormente, constituye una contribución indispensable para comprender la compleja interacción entre la oratoria sagrada y el poder político en la última mitad del siglo XVII.

*Manuela Águeda García Garrido.*